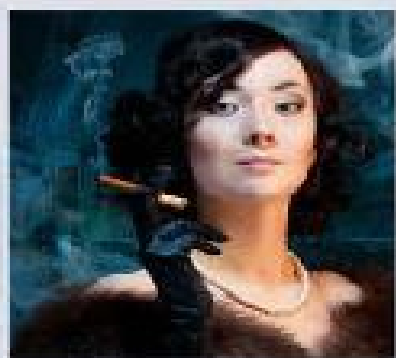


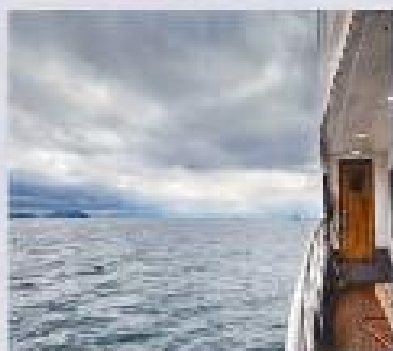
# *Cuánto cuesta que me cuentes*



*La mujer perfecta*



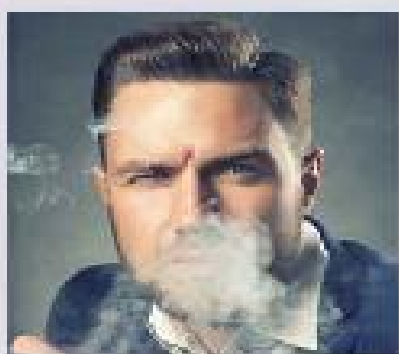
*La carta que no llegó*



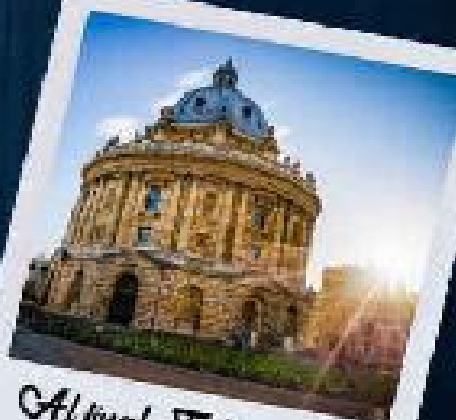
*El barco*



*La doncella y Mrs. Bloom*



*Amando. Espero*



*Al final. Todos sabrán*

*Karina Graciela Salazar*

Ediciones  
Karus

Copyright © 2019 Karina Graciela Salazar

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial de la obra sin el previo consentimiento de la autora.

ISBN: 978-987-783-837-4

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Diseño de tapa: Noelia Jimenez Sangüesa

(Instagram: noelajimenez.portadas)

*¡Quiero regalarte un cuento!*

*Suscribete a mi newsletter*

<https://www.karina-salazar.com>

*Sígueme en Facebook e Instagram:*

karinasalazarok

# *INDICE*

FUMANDO ESPERO

LA CARTA QUE NO LLEGÓ

La DONCELLA Y MR. BLOOM

EL BARCO

AL FINAL, TODOS SABIAN...

LA MUJER PERFECTA

Sobre mí:

## *PRIMER CUENTO*

*FUMANDO ESPERO*

Mr. Jones se sirvió una copa de su mejor whisky, uno de procedencia nipona. Lo necesitaba. Debía enfrentar la visión de las tres maletas, preparadas para partir, pesadas como quien empaca para no volver, desde su sofá con un arma, un consuelo que lo aportille. El alcohol era lo único que podía quemar el ahogo que sentía en ese momento. Su mujer había decidido irse, dejarlo sin siquiera darle una puñetera explicación y sin que él tuviera la oportunidad para impedirlo. Se iba justo cuando más la quería. Como una desconocida. Mr. Jones bebió de un sorbo el contenido de su copa y enseguida volvió a repetir la operación. “No la voy a llamar porque, si lo hago, enseguida sabrá que estoy de vuelta”, pensó.

Con lo que no contaba su mujer era con que él, su marido, por primera vez en años, no había podido cerrar un negocio y ya no le apetecía quedarse días extras en lugares extraños y dormir en camas ajenas. No. Por una vez en la vida, había hecho caso a tantos reproches, a tantas cantinelas. Que cuándo vienes, que cuándo vas, que nunca estás aquí para fechas importantes. Resulta que llegaba para la despedida. Le parecía escuchar nuevamente a su mujer: “Por lo menos tienes el decoro de llegar para presenciar cómo te dejo y cerrar la puerta con llave, algo que nunca haces”. Lágrimas de impotencia corrieron por sus mejillas.

Mr. Jones se puso de pie y nuevamente se dirigió al vestidor, para repetir la operación que minutos antes había hecho: abrir las puertas de los armarios y comprobar que faltaban vestidos, zapatos y que algunos cajones estaban vacíos. Otros estaban igual de repletos. “Seguramente volverá otro día... Viajes me sobran para volver a la casa y que nadie la moleste”, pensó.

Regresó a su guarida de francotirador para vigilar la puerta y las maletas. Iba a servirse nuevamente otro vaso de whisky, pero esta vez cambió de parecer. “Si voy a tratar de impedir que se vaya, debo estar sobrio. Borracho hasta yo mismo me dejaría”, pensó nuevamente.

Y de eso se trataba, de que Mr. Jones no tenía ni la más pálida idea de cómo convencer a su mujer de que no se fuera. Al menos hoy. Mañana sería otra historia. Porque lo que contaba era el hoy. Debería elaborar un plan rápidamente antes de que su mujer llegara para buscar sus maletas e irse. Escribir un plan de ventas era fácil para Mr. Jones, el vendedor estrella de su compañía, pero tratar de convencer a su mujer era otra cosa muchísimo más

difícil.

—Piensa, Mr. Jones, piensa —se ordenó en voz audible, mientras buscaba el paquete de cigarrillos en el bolsillo interno de su chaqueta.

Encendió el primero de veinte cigarrillos y, como por arte de magia, enseguida llegaron a su mente los reproches de su mujer. Además de ser extremadamente hermosa, tenía un don que solo usaba con él la muy desgraciada, y eran sus palabras con efecto de taladro eléctrico. Apenas comenzaba a hablar cuando estaba cabreada, no pasaban siquiera quince segundos en que su mente se quedara en blanco, y Mr. Jones ya no podía escuchar una palabra más. Las compuertas de su cerebro se bloqueaban y se cerraban. Imposible cambiar eso, era un hombre de Neanderthal, había nacido así.

Con el segundo cigarrillo estaba un poco más ansioso. “Será porque lo único que había pensado durante el viaje en avión era en acostarme con ella”, pensó mientras sentía cómo su miembro crecía.

—¡Eso era! —exclamó triunfante. Le haría el amor esta noche, ese reproche lo escuchaba siempre. Que hacían el amor cada muerte de obispo.

“A ver, a ver, Mr. Jones —escuchó nuevamente la voz de su mujer en su cabeza—. Que no es solamente que introduzcas tu miembro en mi vagina. Que estoy harta de que cada polvo tarde menos de lo que tarda en aparecer la flecha de *skip* de los comerciales en YouTube”.

El tercero, cuarto, quinto, sexto, séptimo, octavo, noveno y décimo cigarrillo los había fumado con la mente en blanco. Lo del sexo era siempre un golpe bajo. No era su culpa que se consolara manualmente durante sus viajes. Lo de andar de putas había pasado hacía tiempo ya, mucho tiempo. Seis meses y contando. “Tendría que estar agradecida de que se trataba de putas VIP”, pensó.

Abrió el envoltorio de los diez cigarrillos restantes sorprendido.

—¿Cuándo he fumado los diez primeros? —se preguntó estúpidamente.

Expiró el humo del undécimo cigarro mirando al techo y descubrió que la pintura se estaba descascarando.

—¡Eso es! —gritó nuevamente esperanzado poniéndose de pie—. ¡Nos mudaremos a la casa que ella elija!

“¡Otra vez, Mr. Jones! —El sonido del eco se escuchaba por todo el living de la casa—. Te has retractado dos veces enfrente de los vendedores y con el contrato de compraventa en la mano diciendo que el apartamento era muy



moderno para tu gusto o que la casa era muy peligrosa para mí sola porque tú estás siempre de viaje. No volveré a pasar por esa situación. Eres simplemente un comemierda”.

El sonido del timbre de la casa lo asaltó, robándole sus pensamientos.

—¿Quién es? —preguntó desde el portero eléctrico con visor.

—¿Mr. Jones?

—Sí, es aquí.

—Cartero. Traigo una carta certificada para firmar para Mr. Jones.

—¡Pase! —ordenó intrigado encendiendo otro cigarrillo.

Una vez que despachó al mensajero, sostuvo con sus dos manos la carta, pero no se animó a abrirla. En cambio, fumó el decimotercero, el decimocuarto y el decimoquinto cigarrillo como quien espera que le lean un veredicto, y que este sea la sentencia máxima: la pena de muerte.

—¿Será posible que la muy desgraciada haya contratado a un abogado de divorcios?

“Mr. Jones, Mr. Jones, yo no creo problemas. Yo los soluciono. Y aquí tenemos un problema que hay que solucionar rápidamente”, creyó escuchar nuevamente la voz de su mujer.

—Pero ¿sin darme siquiera un ultimátum?

“He dejado el cigarrillo sin tocar fanfarria y tú no”, volvió a escuchar el susurro femenino.

Como un último manotazo de ahogado, Mr. Jones abrió todas las hojas de las ventanas de la casa, para que el humo de los cigarrillos desaparecieran. Se había olvidado del pacto que tenían: adentro estaba prohibido fumar.

Se desplomó ya sin fuerzas en el piso y comenzó a llorar desconsoladamente. Su mujer se cabrearía por el olor a nicotina y alquitrán que le provocaban tentación y recaída. Eso ya era un motivo más que suficiente para no volver a pisar ese apartamento.

—¿Qué será de mí sin ella? ¿Qué será de mí! —exclamó sin respuesta mientras cerraba sus ojos buscando la luz.

Mr. Jones imaginaba su vuelta a un hogar vacío, con la única diversión de ver televisión, telediarios aburridos, canales de mercadeo multinivel, telenovelas baratas, canales porno, canales de horóscopo, canales de historia, canales porno, canales de fútbol, canales porno, canales de fútbol, canales porno.

De repente tuvo una epifanía. Y este acontecimiento hizo que dejara de

llorar. Un Mr. Jones renovado se puso de pie, cual ave Fénix que resurge de sus cenizas. Era ella quien se quería ir; él no la estaba echando. Su visión se había agrandado: ahora sería él quien mandara en su casa. Muerta la reina... ¡que viva el rey!

—¡Y este rey se lo va a pasar a lo grande! —se juró, mientras cerraba todas las ventanas y encendía música heavy metal, y un cigarrillo tras otro y los dejaba en el cenicero.

Tomó uno de los encendidos y se lo pitó una y otra vez escupiendo bocanadas de humo por toda la casa. Una vez que lo terminó, comenzó la operación con el siguiente y el siguiente. Vio por el rabillo del ojo la botella de su whisky japonés y, sin dudarlo, corrió a bebérselo del pico de la botella. Sin embargo, se atragantó debido a su alta graduación alcohólica y vertió sin querer parte de la malta sobre su camisa immaculada.

—¡Huele mi perfume japonés, perra! —gritó varias veces por toda la casa.

La casa se asemejaba a un tugurio de prostíbulo barato de cómo apestaba. Mientras seguía caminando como poseído esparciendo humo, Mr. Jones pasó junto al mueble del recibidor y vio la carta. Se detuvo y le escupió una bocanada con forma de círculo.

—¿Sabes qué? —le gritó al sobre—. ¡No te tengo miedo!

Sin embargo, necesitaba de un poco más de whisky y de tabaco. Regresó con ambas manos ocupadas, bebió la mitad de su whisky mientras trataba con torpeza de abrir el sobre con sus dedos, mientras sostenía el pitillo entre sus labios. Por fin pudo romper el sobre y sacar la carta.

*¡Bienvenido a Tarjeta Mundo, Mr. Jones!*

*Este es el código PIN de su tarjeta de crédito Mundo, que en los próximos días recibirá por correo. Por favor, siga las instrucciones concurriendo con este código PIN y su nueva tarjeta al cajero automático más próximo a su domicilio y allí deberá ingresar un nuevo código PIN.*

*¡Nos complace saber que ahora somos parte de su Mundo!*

—¡Mierda! —exclamó llevándose ambas manos a la cabeza—. No debí haber pensado tan mal de ella.

“Eres un pesimista empedernido. Y yo, una optimista sin remedio”, escuchó nuevamente otra reprimenda.

—Sí, pero ¿y las valijas? Soy realista... y los hechos hablan por sí solos. Y tú querías de alguna manera hacerme sufrir antes de irte... que yo te viera...

No sé bien cómo te las arreglaste para saber que volvería antes...

Mr. Jones corrió a buscar un pitillo, mas a simple vista no encontró ninguno en la cajetilla. Así que preso de furia la apretó con su puño para luego lanzarla contra la pared. Cuando el atado cayó en el piso, se podía divisar que asomaba un último cigarrillo.

—¡Ah! ¡Soy un idiota, todavía quedaba un cigarro! —exclamó mientras abría con sumo cuidado la cajetilla y sacaba el cigarrillo maltrecho.

A pesar de varios intentos para enderezar el cigarrillo, este tenía forma de letra S. “En vano es tratar de que tenga forma de letra I”, se dijo. Sin embargo, apenas esa puerta se abriera, encendería inmediatamente ese, su último cigarro, en señal de guerra. Aunque fuera un cigarro maltrecho.

Los minutos pasaban y la puerta no se movía. La tentación por pitar aunque más no fuera una vez su último pitillo se hacía cada vez más grande. Luego de 45 minutos, ya no pudo más y fue pitando lentamente el cigarro mientras hacía pausas dejándolo descansar en el cenicero.

De repente creyó escuchar voces en el hall de su apartamento y en forma automática se llevó el cigarrillo a la boca con los ojos puestos en la puerta.

—¡Mierda! —gritó de dolor.

Casi se quema la boca. Solo quedaba un centímetro de pitillo.

—¡Hijo! —exclamó un señor inglés al abrir la puerta—. ¡Dichosos los ojos!

—¡Hijo! — lo llamó una señora—. ¿Cómo puedes respirar con este aire tan viciado?

—¿Qué hacen aquí? —preguntó ahora realmente alarmado Mr. Jones—. ¿Dónde está mi mujer?

Sin contestar la pregunta, ambos progenitores se hicieron a un costado para dar paso a una sombra que estaba apoyada en el marco de la puerta de entrada. Era una belleza salida como de una selva exótica, ojos oscuros, cabellos color azabache, enrulados; su vestido era de tonos pasteles con caída elegantemente sensual sin mostrar, sino más bien sugiriendo que la mujer, además de cara bonita, era también un *cuerpo*; su piel era perfecta y su maquillaje era suave con tonos otoñales provenientes de esa selva.

—¿Qué está sucediendo aquí? —volvió a preguntar Mr. Jones.

La mujer corrió hacia Mr. Jones para abrazarlo y sin más rompió a llorar.

—Creo que debemos dejarlos solos. Mañana podremos volver —dijo una tercera mujer a la pareja inglesa.

—Sí, creo que sí, ya no hay que hacer operación alguna, ya estás fuera de peligro, muchacha —comentó el veterano palmeando la espalda de la diosa amazónica.

Ya estaban todos con un pie afuera, cuando la madre de Mr. Jones preguntó a su nuera:

—¿Te molesta si tu madre pasa una temporada con nosotros? Creo que sería lo mejor...

—No, para nada —dijo la mujer escuetamente.

—Entonces las tres maletas de tu madre nos las llevamos ahora mismo —informó su suegro tomando las maletas que estaban al lado de la puerta—. Ya no tendrán que hacer lugar en tu armario para la ropa de tu madre.

Cuando se quedaron solos, la mujer no dijo nada. Solo se quitó su vestido e inmediatamente se abalanzó sobre Mr. Jones desnuda. Hicieron el amor durante horas en todos los lugares de la casa. Cuando ya Mr. Jones no pudo más, al fin la mujer explicó:

—Hoy era el día de rutina en lo de mi ginecólogo. El doctor me informó que sentía un bulto en mi pecho y me tuve que quedar en la clínica. Así fue que llamé a mi madre para charlar un poco y matar el tiempo, quien luego no tuvo mejor idea y llamó a tus padres. Y en menos de tres horas estaban todos aquí.

—¿Por qué no me avisaron?

—Porque nunca supuse que me internarían tan rápido y que serían tantos exámenes. Además, ¿para qué alarmarte? Terminó siendo falsa alarma. Es benigno.

—Porque soy tu marido... y no podría imaginar mi vida sin ti... —aseguró.

—Bueno, mejor te duermes, haz tenido un viaje largo.

Mr. Jones obedeció como un niño que ha hecho una gran travesura y cuyos padres decidieron no castigarlo.

La mujer, ya en la cocina, encendió un cigarrillo mentolado y tomó su celular y apretó una tecla de discado rápido.

—¿Todo bien? —preguntó la voz masculina que atendió la llamada.

—Todo bien, solo un poco retrasada.

—¿Todavía no has hecho tus maletas?

—Está todo en el baúl de mi coche, como te dije esta mañana...

—¿Entonces por qué el retraso?

—Porque sucedieron algunas cosas que ya te contaré camino al

aeropuerto...

—¿A que hora estarás lista?

—En cinco minutos salgo y en cinco nos encontramos.

La mujer tomó su abrigo y se lo puso. Estaba por marcharse y volvió sobre sus pasos, abrió su cartera y dejó sobre el mueble del recibidor la notificación de la demanda de divorcio.

Sin más, salió y cerró la puerta principal de la casa con llave.

## *SEGUNDO CUENTO*

# *LA CARTA QUE NO LLEGÓ*

El teniente García llegó temprano a la comisaría, como usualmente, cuarenta minutos o a más tardar media hora antes de que comenzara su turno. La vieja escuela ya lo enseñaba: era un acto de camaradería hacia el compañero que debía relevar. Una vez cambiado, se dirigió a charlar un momento con algunos camaradas de otros departamentos que, de otra forma, no podría ver en todo el día. Caminó a su escritorio; todavía era temprano y su compañero se encontraría en el guardarropa, sin embargo, pudo ver cómo una persona dejaba un sobre en el mostrador de la recepción, en ese momento sin personal policíaco, y sin más salía corriendo hacia la calle. Sin dudar, se acercó, para saber de qué se trataría y al tomarlo pudo leer: “Teniente García”. Dio vuelta el sobre para buscar el remitente, pero estaba vacío y cerrado solo por un piolín. Volvió a sentarse al escritorio y abrió el sobre para encontrar varias fotos de niños y otra de una mujer. Al no entender el mensaje, inmediatamente las arrojó sobre la mesa, sin perderlas de vista. Y se puso a pensar. Qué tendrían que ver esas fotos con él. Entonces las volvió a tomar entre sus manos e instintivamente las dio vuelta. Una de ellas llevaba pegado con cinta adhesiva un chip de teléfono celular. La curiosidad hizo que inmediatamente lo activara. Al hacerlo recibió de inmediato un mensaje: “¿Cuándo será el operativo Uñas Blancas?”.

—¡Mierda! —dijo sin pensar.

El emisor del mensaje sabía ahora que el chip había sido activado.

“Son unos imbéciles... se han equivocado de teniente y de García”, pensó.

Y es que García era un teniente de comisaría. No pertenecía a ningún grupo comando ni de drogas peligrosas. Él solo se ocupaba de cosas triviales: peleas entre vecinas, maridos borrachos y golpeadores. Nada más, ni nada menos. Enlistarse o ser elegido para un grupo de fuerzas especiales requería de un temple especial, y él, el recién estrenado teniente García, había dejado atrás el título de sargento, que, unido a su apellido y a su barriga, tantos motes y chistes de mal gusto habían generado los últimos tres años de su vida. Daría cualquier cosa por ser más delgado, por llevar otro nombre, porque al teniente le sobraba de todo por todos los costados, menos valor y temple.

Hubiera querido llamarse, por ejemplo, Diego de la Vega, “¿Por qué no?”, pensó. Después de todo Guy Williams siempre fue apuesto hasta el último día de su vida.



Sin embargo, ahora que había abierto sin querer este sobre, esta caja de Pandora, debería hacer algo. El problema era qué cosa.

Cualquier protagonista de serie policiaca de televisión norteamericana hubiera recurrido a su jefe, empero esta no era una serie de televisión, esto era un caso real y se encontraba nada menos que en Drogalandia, donde todos y ninguno a la vez están metidos hasta las narices en los tres delitos más importantes: tráfico de personas, estupefacientes y tráfico de armas. Tampoco podía buscar al verdadero teniente García. ¿Quién le creería? Hasta podrían tomarlo de informante o doble agente y así poner fin definitivamente a su carrera.

Debería entonces buscar a esa mujer y a esos niños, y llevarlos lejos hasta que la famosa operación se terminara, o simplemente averiguar detalles sobre el operativo Uñas Blancas y contestar al condenado que ya estaría esperando respuesta. Sin embargo, esa posibilidad no estaba en su agenda. Era gordo, sí, pero soplón, jamás.

El problema de averiguar identidades de comandos especiales era precisamente eso. No se encontraban en la base de datos de policías simples. El acceso a esa información estaba restringido.

Desesperado, se puso de pie y fue directamente a la cocina. Necesitaba picar algo, estaba muy angustiado. Y fue allí donde los vio. El grupo Cóndor, en vivo y en directo, entraba enmascarado para reunirse con altos cargos en la sala principal. Eso no era común, es más, en los diez años de carrera jamás los había visto por allí. “Algo debe estar sucediendo”, se dijo emprendiendo la marcha para acercarse y ver mejor. Mas, inmediatamente, una pared de dos metros le impidió el paso.

—No se puede pasar.

—Conozco a alguien de allí dentro —esgrimió sin convencimiento.

—Yo también, a todos. Pero usted, teniente García —dijo mientras leía su placa—, no puede pasar.

Y era verdad: no podría acercarse a ninguno de ellos. Desesperado, comenzó a pensar. Hasta que de pronto se le ocurrió una idea. Quitó el chip de los malhechores de su celular, lo dejó en el cajón de su escritorio y colocó su chip en su teléfono.

Se dirigió a la universidad más cercana y se sentó en una de las computadoras. Buscó entre sus cosas y sacó las fotos y a continuación las

escaneó. Buscó sus caras en los buscadores y en las redes sociales. Hasta que los encontró. Sabía ahora sus nombres y dónde vivían. Sin más, buscó una camioneta en la comisaría nuevamente, de esas destartaladas que ya nadie usaba, avisó en el cuartel que debía visitar a alguno de los sospechosos de siempre y que probablemente no volvería ese día. Buscó una gorra de béisbol, una caja de herramientas y se dirigió al guardarropas, donde buscó una de sus sudaderas que nunca usaba.

Así, con ese improvisado disfraz, llegó el teniente García a la casa de la señora de su homónimo con la caja de herramientas en la mano.

—Buenos días, vengo por la pérdida de agua.

—Buenos días, pero aquí, en mi casa no hay ninguna pérdida.

—¿Podría pasar a controlar?

—Hum... la verdad es que no... —contestó con sospechas.

—Por lo menos, firme el pedido de servicio... de que he venido en vano —esgrimió acercando el sobre con las fotos de su familia.

La mujer abrió el sobre y se llevó las manos a la boca. El teniente García hizo un gesto para que se callara y señaló el techo y luego su oído.

—Gracias, señora García, por dejarme controlar su pérdida de agua. — Mientras hablaba, comenzó a escribir algo en su celular para que la mujer leyera y luego abrió las herramientas e hizo mucho ruido.

La mujer escribió algo en el celular del hombre para contestar y luego este le dijo en voz alta:

—Si tiene algo que hacer en la casa, hágalo porque me va a tomar un tiempito.

Luego de unos momentos la mujer estaba parada en el recibidor de la casa y llevaba un bolso, como quien quiere ir al supermercado.

—Bueno, señora, creo que he terminado —dijo García al verla.

—Qué bueno, porque yo también tengo que salir de compras.

El teniente García guardó en la caja las pocas herramientas que estaban esparcidas sobre la mesa.

Ya en la calle, la mujer se subió a su auto y García, a su camioneta, y tomaron caminos diferentes. Hasta que se juntaron en el estacionamiento de un *shopping* y pudieron hablar.

—¿Le ha sacado la batería a su celular?

—Sí, he hecho todo lo que me ha pedido. Sin embargo, tengo un problema de credibilidad... ¿Por qué no vino mi marido?

—Su marido no sabe que estoy aquí. Es mejor que no lo sepa, hasta que termine una operación muy importante. Ahora, tiene que pensar dónde va a dejar a sus hijos y cómo informar al colegio sin que nadie se entere...

La mujer se detuvo a pensar un momento largo y luego dijo:

—La salida de la escuela es siempre un problema por la cantidad de autos y de gente, pero creo que en este caso jugará a nuestro favor. Así que no sería necesario informar a nadie. Es muy fácil despistarlos... Los niños siempre se pierden de vista.

—Piense bien, señora, porque esa será la única oportunidad que tendrá; con esa gente no se juega. Si ese momento es su única escapatoria, entonces deberá pensar muy bien un plan B y también un plan C.

La mujer se tomó un tiempo prudencial para contestarle. Finalmente se apoyó en su coche y dijo:

—Cuando mi marido está de guardia, de forma habitual, me ofrezco a llevar o a buscar a varios niños y llevarlos a sus casas para matar mi tiempo libre. Esta es una de ellas. Si hablo por teléfono, nadie tendría que sospechar porque siempre lo hago. Si lleno el auto de niños, nadie tendría que sospechar si efectivamente son mis hijos o no.

—¿Cuál sería el plan B?

—Si ninguna madre me necesita, entonces podría quedarme conversando como siempre en la puerta del colegio con algunas madres rodeada de varios niños, yo les daría instrucciones a los míos de que se fueran con usted disimuladamente.

—¿Se da cuenta de que podría ser peligroso?

—¿Piensa que los asesinos dispararían en frente de doscientos niños, muchos hijos de policías? —Sin esperar respuesta contestó—: No lo creo...

—Cree mal, señora.

—Entonces, tendré que hablar con mi marido.

—¿Se da cuenta de que ese no es mi problema? Yo vine aquí para salvarle el pellejo.

—¡Ni siquiera sé su nombre!

—Llámeme teniente García.

—Se está burlando de mí, ¿verdad?

—¡Llámeme como quiera entonces!

—Está bien, perdone usted, teniente García.

—¿Cuál sería su plan C, entonces, señora?

—¿Y por qué debo pensar yo en un plan de escape?

—Porque no tengo idea de sus movimientos habituales y estamos en apuros —dijo excusándose porque al fin y al cabo el teniente García era un policía común.

—Un parque de diversiones, algún lugar abierto...

—¿Y luego qué?

—Necesito un coche nuevo en el estacionamiento, saber dónde me deja las llaves y que algunos policías nos permitan la salida sin ser vistos.

El teniente García lanzó un resoplido muy fuerte.

—¿Usted se cree que esto que está ocurriendo es una película yanqui, con presupuesto de Disneylandia, verdad?

—No, yo pensaba en un plan C, como usted me...

—¡Este país se llama Drogalandia! ¡La última vez que me dieron un uniforme pesaba diez kilos menos! ¡Y usted me pide un auto nuevo!

—¡Bueno entonces solo tenemos presupuesto hasta el plan B!

—Ruegue a todos los santos, a Santa María y a Jesucristo mismo que esta extracción en el colegio nos salga bien...

—Saldrá bien. Mis hijos son muy obedientes.

“Eso piensan todas las madres que vienen a buscar a los cabrones de sus hijos a la comisaría”, pensó.

—¿Por qué se queda parado ahí? ¿Falta algo más?

—Falta usted. No me ha dicho cómo piensa zafar de los que la sigan.

—Yo no soy importante. Cuide de mis hijos y no me diga dónde están hasta que pase el peligro.

El teniente García dudó, pero finalmente dijo:

—Nos encontramos entonces a las 4:30. No me busque, yo la buscaré a usted.

El griterío de los mocosos se escuchaba a una distancia de dos manzanas a la redonda. Imposible aparcar ningún coche extra, ya bastante con la doble fila de autos a ambas manos de la calle, lo que hacía que los autos tuvieran que circular a paso de hombre. Por suerte para el teniente García, había llegado con media hora de anticipación y había estacionado su coche en la esquina siguiente, donde las dobles filas de coches cesaban de existir.

La mujer del teniente García seguía conversando animadamente con las madres mientras decenas de niños gritaban y saltaban, y de repente tuvo a dos

niños a su lado.

—Mi mamá me dice que usted nos lleva de paseo.

—Sí, muchachos así es —dijo con tristeza mientras le echaba una última mirada a su madre. Tal vez fuera eso mismo. La última.

Rápidamente los montó en el coche. Ahora tendría que repetir el procedimiento anterior. Encender el auto con los cables y a chispazos.

—Abróchense los cinturones —dijo para que se distrajeran.

—¿Robaste el coche? —preguntó el más pequeño.

—No, lo tomé prestado.

—¡Que sí, tonto! —interrumpió el mayor.

—Lo devolveré apenas terminemos este trámite. Así que eso no se llama robar...

—¿Y cómo se llama? —volvió a preguntar el menor.

—Préstamo se llama. Y ahora deben agachar las cabezas y permanecer así hasta que yo lo diga.

—No queremos —dijeron a coro.

“Mis hijos son muy obedientes”, recordó con sorna.

—Pues bien, hagan como quieran. Pero el juego radica en que no los vean. Y hay premio, que es, por supuesto, sorpresa.

Al instante los niños bajaron las cabezas.

El teniente García condujo hasta una terminal y no tuvo más remedio que sacar un billete de autobús para los niños y para él. No sería muy lejos, pero no había la posibilidad de asociarlos a él y a la persona que se haría cargo de los niños de manera alguna. Y eso era lo más importante.

Una vez que volvió a buscar la camioneta destartada donde la había dejado, ya era muy avanzada la noche. Condujo hasta la comisaría para buscar su auto y volver a su casa para simular que nada hubiese sucedido. Mientras esperaba que le abrieran el portón de la comisaría, el policía de la garita le dijo:

—¿Haciendo horas extras? ¡Te estás tomando muy a pecho lo de ser teniente! ¡Me gustaba más cuando eras el sargento García!

—¡Muy gracioso!

—Si este chiste no te gusta, entonces tengo otro que tal vez te gustará menos. Tenemos todas las plazas ocupadas, así que tendrás que poner este alambique con ruedas al final de todo, donde están los coches chatarra.

“La cereza del postre para finalizar un día de mierda”, pensó.

Finalmente encontró un lugar, allí donde el diablo perdió el poncho, en un lugar del predio, lejos de todo, sin iluminación.

“Mejor que busque una linterna para iluminar mi camino, con la cantidad de baches que hay”, pensó.

Así que sin más, se metió en la parte trasera de la camioneta destartalada, cerró la puerta y comenzó a buscar una linterna en la caja de herramientas.

—¿Cómo que quién habla? —Se escuchó la voz de un hombre a lo lejos que se venía acercando.

Hubo un silencio.

—¡Para que lo sepas, los García tenemos honor, cabrón! Si yo te digo que te averiguo lo del operativo, ¡pues entonces te lo averiguo!

El pulso del teniente García se detuvo al escuchar la afirmación.

—¡Qué amenazas ni que ocho cuartos! Yo te llamo cuando puedo, no cuando tú me envías un mensaje.

El hombre afuera escuchaba lo que le decían y solo pronunciaba monosílabos. Luego dijo:

—¡Yo no necesito de ninguna amenaza! ¡Yo me quiero ir de este maldito país, de esta maldita Drogalandia! Y si ese es mi precio, que tú me otorgues una nueva identidad, pues bien ¡por mí que reviente el mundo! El operativo Uñas Blancas ocurrirá mañana a las 11 de la mañana. Será mejor que hoy por la noche tenga los pasaportes porque, si no los tengo, no sé de lo que sería capaz...

Nuevamente silencio.

—¡Yo no te amenazo! Pero entre un policía corrupto y un candidato a presidente que también es corrupto, ¿adivina quién perdería más?

Y luego el teniente García ya no pudo escuchar más pues su tocayo seguía caminando alejándose.

“¿Y ahora qué haré? —se preguntó—. ¡Acabo de ayudar a la familia de un espía vende patria!”, concluyó dándose golpes en la cabeza.

De repente recordó que había dejado el maldito chip en su cajón y debía deshacerse de este lo más rápido posible. Entró a la estación de policía con aspecto de mecánico cargando la caja de herramientas.

—¡El teniente García, *undercover*! —gritó un compañero a lo lejos.

Un coro de risas inundó el cuartel, festejando la ocurrencia.

García ignoró los comentarios y fue a lo suyo. Lo primero que hizo fue buscar en su cajón el chip y luego se dirigió al guardarropas para cambiarse y

poder volver a su casa. “Al paso que voy, solo me quedaban seis horas para comenzar el nuevo turno”, se dijo mirando el reloj de pared. Buscó su camisa limpia y, al sacarse su sudadera, el olor de su transpiración lo embriagó.

—¡No puedo llegar así, con todo este olor encima! —dijo en voz alta y acto seguido procedió a bañarse. Se sentía muy sucio.

Ya había terminado y se estaba secando cuando sintió un frío en la espalda, una corriente de aire.

—¿Estamos solos? —dijo una voz.

—Sí, estamos solos. Estos polis comunes son muy predecibles, ninguno que trabaja en el turno noche se baña —contestó otra.

—Entonces, solo nos falta García, porque ninguno de los otros del equipo picó...

—Así es.

—¿Recibió nuestro sobre o no?

—El chip se activó esta mañana desde aquí, desde la comisaría. Y no ha salido en ningún momento.

—Será mejor que nos conteste porque el operativo está por comenzar y, si García es el topo, quiero sus bolas en mi escritorio antes de que eso suceda.

—Sí, señor.

—O serán las tuyas —dijo la voz pegando un portazo.

Un minuto más tarde, la puerta se volvió a abrir y a cerrar. El teniente García no sabía qué hacer. Debía confesar, pero a la vez debía permanecer en el anonimato.

—¡Ya sé! ¡Tengo la solución! —se contestó en voz alta.

Tomó el chip y se lo puso a su celular. Inmediatamente escribió: “El topo es el teniente García y su cómplice es el candidato a presidente”.

Al segundo recibió un mensaje: “Identifíquese”.

“Tal vez no sería tan malo que se enterasen, tal vez hasta me condecoren”, pensó.

Estaba escribiendo su nombre e inmediatamente borró el mensaje. “Seguramente tenga que estar huyendo de estos narcos, ni loco les digo quién soy”, se arrepintió.

Volvió a recibir un tercer mensaje: “Podemos ayudarlo. Solo necesitamos saber cómo y dónde está”.

“Estoy en pelotas y en la ducha, y eso de ayudarme... me vienen prometiendo un uniforme nuevo hace ya diez *kilos atrás*”, pensó sarcástico.

Estaba abriendo el celular para deshacerse del maldito chip cuando de repente dos sombras se le tiraron encima. Veinte minutos más tarde, el teniente García estaba ya vestido y hablando con el comandante y su primer oficial en una van, en paradero desconocido.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho? —le preguntó el comandante.

—Sí, la he cagado bien hecha.

Ambos oficiales se miraron y sonrieron.

—Se requiere de un temple especial para haber pensado semejante plan —afirmó el primer oficial.

El teniente seguía sin entender.

—¿Se da cuenta de que a pesar de su valentía ya nunca más podrá volver a ser quien es? —le preguntó el mandamás.

—¿Qué quiere decir?

—Que será nuestro testigo protegido y que deberá cambiar su identidad. En este momento he dado órdenes de extracción a toda su familia.

—¿Qué dice?

—Que lo mudaremos de país a usted y a los suyos, y que ya nunca más será el teniente García. Espero que no lo tome a mal, yo tampoco querría tener un homónimo que fuera soplón.

—¿Y cómo se supone que me voy a llamar?

—Como usted quiera, o si lo prefiere, alguien le buscará una nueva identidad, pero podríamos también cambiar su aspecto... una operación podría hacerlo adelgazar 30 o 40 kilos. Estaría irreconocible y pasaría cualquier reconocimiento facial.

—Lo de adelgazar, por mí encantando. En cuanto al nombre, ¡de ninguna manera! El nombre me lo elijo yo solito: me llamo Diego de la Vega.



## *TERCER CUENTO*

*La DONCELLA Y MR. BLOOM*

—¡Deja ya de pelear con tu hermana! —ordenó la doncella mientras acomodaba su delantal blanco frente al espejo para luego hacer lo mismo con su cofia exactamente del mismo color del delantal.

Los niños no la escuchaban debido a los gritos, por lo que la doncella caminó hacia la habitación donde se encontraban estos y amenazó:

—¡Vuestro padre está enfermo, por si no lo recuerdan! ¡Haced silencio! ¡Que no me entere a mi regreso que habéis hecho de esta habitación una madriguera!

—¡No eres nuestra madre! —contestó descaradamente la niña.

—¡Eso debí haberlo pensado cuando me casé con vuestro padre! ¡No tendría que estar atendiendo dos casas al mismo tiempo! ¡Sobre todo una en la que no recibo paga alguna!

—¡Aj! —Un quejido se oyó desde la habitación contigua. Todos corrieron en dirección a la llamada de auxilio. Nada podían hacer que la doncella no hubiera hecho anteriormente. El enfermo seguía inconsciente.

—Querido, debo irme. Estoy atrasada, Mr. Bloom me espera. Te veré por la noche. —Se despidió rápidamente mientras besaba la frente del ser insensible a todo estímulo.

La doncella corría por las calles con todas sus fuerzas temiendo y pensando lo peor. Mr. Bloom odiaba a la gente impuntual. Siempre decía eso cuando sus clientes o sus proveedores tocaban su puerta. Si alguien osaba romper esta, su regla fundamental de negocios, simplemente no tendría chance alguna con él. “Lo mejor será entrar en la casa de Mr. Bloom de puntillas”, se dijo.

Muchas veces lo había hecho. La diferencia residía en que ella siempre llegaba más temprano que de costumbre y su patrón, luego de tantos años, ni se inmutaba. Sabía que, apenas escuchara algún ruido en su casa, Mr. Bloom echaría un ojo a su reloj para controlar si había llegado puntualmente. Luego le pediría un té con su campanilla y ella, su doncella, traería una bandeja con masas, crema y jalea en un santiamén. Más tarde, Mr. Bloom sacaría de su caja fuerte el dinero correspondiente a la compra semanal, que ella usaría como de costumbre para los recados necesarios. Siempre el mismo procedimiento.

Sin embargo esta, su única vez luego de diez años de servicio, su doncella incumplía las reglas, y no podía haberse producido en un momento peor: con

su marido convaleciente.

Sus pensamientos desaparecieron en el momento en que la doncella divisó la casa de Mr. Bloom y una vez que llegó a la puerta se tomó unos segundos para que su respiración volviera a la normalidad. Con mano firme, puso la llave en el cerrojo y empujó. Sin embargo, la puerta no se abría. Luego de varios intentos, no se dio por vencida. “Si no entro por la puerta, entraré por la ventana”, se dijo. Hasta que cansada ya de no encontrar la solución decidió llamar en voz alta a Mr. Bloom. Nada sucedió. Los ojos de la doncella comenzaron a enrojecerse y desencadenaron en un llanto mudo.

—Le obligaré —comenzó a murmurar—, le rogaré que no me despida.

Sacó nuevas energías de dentro de su ser y empujó la puerta de entrada de la casa con todas sus fuerzas. Esta cedió solo unos centímetros, pero fueron suficientes para que la doncella notara que algo impedía la apertura normal del acceso. Siendo consciente ahora del motivo real del impedimento, propeló un gran sacudón a la puerta, la que solo se movió lo suficiente para que el pequeño cuerpo de la doncella pudiera pasar.

—¡Mr. Bloom! —gritó con horror.

Con sumo cuidado, la doncella giró el cuerpo yacente de su patrón, y luego de propinarle varias cachetadas para que despierte, se dio cuenta de que se hallaba sin vida. Sin embargo, el cuerpo estaba todavía caliente.

—¡El muy desgraciado estaría esperándome para morirse puntualmente! —dijo con tono sarcástico.

Solo le tomó unos minutos darse cuenta de su nueva situación.

—¿Qué haré ahora sin trabajo? ¿Cómo podré vivir y mantener a mi familia? —le preguntó al otrora Mr. Bloom nuevamente con lágrimas en los ojos sentándose en el piso, presa ya de la desesperación.

Sin saber qué hacer, tomó el reloj de bolsillo del difunto y controló la hora.

“Son las 10:38”, se dijo suspirando con alivio. A esta hora normalmente Mr. Bloom estaría saboreando su té habitual.

—Mr. Bloom, necesito el dinero habitual de las compras —anunció mientras se dirigía al escritorio para buscar las llaves que abrían la caja fuerte. Conocía todas las llaves de la casa de memoria.

—¿Cuánto necesitaría esta semana? —preguntó imitando la voz de Mr. Bloom.

—Pues bien, a ver...en vista de que usted ha pasado a mejor vida, voy a

necesitar un poco más. En mi casa somos cuatro y no sé cuanto más pueda trabajar para usted, Mr. Bloom, sin que los demás lo noten y sin que la caja fuerte se quede sin dinero —contestó mientras contaba varios billetes sentada en el sillón gigante de color negro detrás del escritorio.

La doncella se puso de pie. Necesitaba dejar la casa y salir a la despensa. Como lo hacía habitualmente. Para no levantar sospechas. Llegó hasta la puerta y allí seguía Mr. Bloom.

—¡Demonios! —gritó mientras arrastraba el cuerpo hacia su despacho.

Fuera de sí, trató de componerse y, frente a un espejo de la gran casa, imitó varias formas de sonreír. Nadie tenía por qué sospechar. Al menos un día más, una paga más. Y luego, que el gran Dios se apiadara de ella. Y de su marido. Y de los hijos de este. Abrió la puerta y casi se topa con un hombre.

—Buenos días —saludó muy cordialmente.

La doncella sintió cómo sus mejillas se enrojecían hasta un punto de sentir que su cabeza explotaría.

—Disculpe usted —dijo mientras se sacaba su sombrero—. No ha sido mi intención asustarla.

La doncella seguía sin poder emitir palabra.

—Estoy buscando a Mr. Bloom.

—Mr. Bloom... Mr. Bloom —tartamudeó.

—Sí, así es. Mr. Bloom.

—Se encuentra de viaje... —contestó con la primera mentira piadosa que se le pasó por su turbada cabeza.

—¿De viaje? ¡Qué extraño!

—Debo ir a la despensa, así que si me disculpa... —contestó mientras se cercioraba de que la puerta principal se hubiera cerrado bien detrás de ella.

—¿A la despensa? —preguntó confundido.

—Sí, a la despensa.

—Entonces debo suponer que Mr. Bloom volverá pronto...

La doncella sintió que sus piernas no resistirían el trayecto de cien metros hasta la despensa. Pero, sin embargo, pudo llegar. Y el caballero seguía acompañándola sin sospechar que su presencia no era en lo más mínimo placentera.

—Verá, señor, debo seguir con mis recados...

—¡Pero qué modales los míos! —exclamó—. He olvidado presentarme. Soy el abogado de Mr. Bloom.

La doncella pudo sentir los latidos de su corazón y nada más.

—Volveré entonces mañana...

—No sabría decirle cuándo volverá Mr. Bloom. Nunca lo dice.

—No se preocupe, no se preocupe —contestó mientras se despedía levantando su sombrero.

La doncella se encontraba parada frente al mostrador sin saber qué decir. Hasta que entró nuevamente en razón y repitió como loro lo de siempre al vendedor. Mr. Bloom era siempre predecible. Siempre comía lo mismo los días martes. Salchichas, queso stilton y pan. De postre, debería cocinar un pudín. Pagó la misma cantidad de siempre. Volvió cargando la mercadería. Tomó asiento en el comedor de la casa, pensando que tal vez la ocurrencia del viaje no hubiese sido tan desatinada. El gran problema por enfrentar era que Mr. Bloom no podía quedarse para siempre en el estudio. Había que deshacerse del cadáver lo más pronto posible. Decidió no pensar más y volver puntualmente a su casa como todos los días.

A la mañana siguiente, llegó muy temprano a pesar de la fuerte lluvia. Lo primero que hizo fue encender la chimenea, pues la casa estaba helada, evidencia de que allí no había nadie con vida, y luego se dirigió al estudio para contar el dinero que había en la caja fuerte. Hizo cálculos y dijo:

—Tendré que venir por lo menos tres meses. Todos los días. Así no levantaré sospechas.

Sin embargo, todavía tenía un escollo por vencer. El abogado. ¿Qué querría ese hombre? ¿Y por qué justo el día de su muerte? ¿Y si alguien osaba venir sin avisar y entrar? Un abogado o la policía tendría todo el derecho a hacerlo. Debería tomar cartas en el asunto. La pregunta era cómo. Que Dios se apiadara de su alma, de la de su marido y de las de sus hijos. Ese día había llevado consigo una canasta para llevar los comestibles que ya Mr. Bloom no habría de usar. Lo mejor sería esconder a Mr. Bloom en el sótano. Que tardasen en encontrarlo. O lo mejor, que nadie tuviera el infortunio de encontrar a Mr. Bloom. “¿Para qué sería bueno encontrarse con un señor como Mr. Bloom, siempre predecible?”, pensó.

Las fuertes lluvias no paraban. Más bien parecía que el cielo se caería a pedazos. La doncella se asomó por la ventana. No había ni un alma en la calle. “Espero que el abogado no regrese hoy”, especuló.

—Mi deseo se hizo realidad —dijo en voz alta al final del día mientras encendía algunas velas.

Había estado sola y ocupada con Mr. Bloom en el sótano. Nadie jamás reconocería a Mr. Bloom. Sin mirar atrás, subió las escaleras de la bodega y se dirigió a la cocina. Allí se frotó las manos lo mejor que pudo. Su delantal y su cofia estaban manchados. Sin perder el tiempo, los arrojó al fuego de la hoguera para no dejar rastro alguno. Miró por última vez el lugar de trabajo para recordarlo siempre. Había sido feliz allí.

Tomó su canasta y se colocó su capa. Poco harían para protegerla de la lluvia torrencial. Pero ya no podía quedarse un minuto más allí. Se llevaba la ganancia de tres meses de trabajo, como bien había calculado el día anterior. “No tomaré nada de los adornos valiosos que abundan en la casa”, se dijo. No era una ladrona. Era una doncella.

Abrió la puerta con dificultad debido al peso de la canasta.

—Buenas noches —escuchó una voz ya familiar.

—¿Qué hace aquí a estas horas? —preguntó con la desazón de quien ve la sombra del terror mismo.

—Necesito entregar unos papeles a Mr. Bloom —explicó mientras se hacía paso al recibidor sin pedir permiso, se quitaba el sombrero y el abrigo empapado.

—Mi día de trabajo ha terminado y, como le dije ayer, Mr. Bloom nunca me dice cuándo vuelve ni a dónde va. Soy solo una doncella.

El abogado sonrió y le dijo:

—Si usted supiera que eso no es verdad. Mr Bloom la considera alguien muy especial.

—No le entiendo...

—¿Es mucho pedir si me ofrece una taza de té?

La doncella titubeó, mas al ver su aspecto, todo empapado, fue movida a piedad como acto reflejo. Cuando se acabara el dinero de Mr. Bloom, tendría que salir a buscar trabajo... de cualquier cosa.

Luego del primer sorbo de earl grey, el abogado se sintió con mas ánimos de hablar.

—Lamento haberla detenido, pero necesito entregar a Mr. Bloom estos papeles y, si se encuentra de viaje, entonces quién mejor que usted para guardarlos y entregárselos a su regreso.

—No comprendo exactamente qué quiere usted de mí...

—No voy a detenerla más de lo debido. No quiero alarmar a su familia —afirmó mientras sacaba de su maletín un puñado de papeles y se los

entregaba a la doncella.

»Mr. Bloom no se estaba sintiendo bien últimamente, así que me había solicitado hace ya un mes que redactara su testamento y que la nombrara a usted como su heredera universal, y la suma asciende a 200 000 libras esterlinas en metálico, más todas sus propiedades. Para cobrar la herencia, usted deberá cumplir con el último deseo de Mr. Bloom, que es velar sus restos en la iglesia del pueblo durante un día entero. Y luego deseaba ser incinerado, no enterrado, y que usted misma esparza sus cenizas por el río Támesis. Soñaba con sorprenderla con algo impredecible. Esas fueron sus últimas palabras —recordó el abogado.

La doncella estaba sin palabras. Hasta que se le ocurrió una pregunta.

—¿Y si Mr. Bloom nunca regresa?

—Entonces no cobraría nadie la herencia. Mr. Bloom debe estar muerto. De eso se trata. Pero no se preocupe, mañana será otro día, ¿verdad? Me voy tranquilo, Mr. Bloom con usted se encuentra en buenas manos.

Y una vez dicho esto, el abogado se puso de pie y rápidamente su figura se perdió entre la lluvia torrencial.



## *CUARTO CUENTO*

# *EL BARCO*

El barco se movía de arriba hacia abajo de forma desaforada mientras chocaba contra las olas del mar, del mismo modo que se mueven los autos, o los platos voladores en los parques de atracciones. Nosotros, los pasajeros valientes que habíamos elegido evitar quedarnos en los salones con toda la chusma, estábamos ahí, quietecitos en los pasillos gélidos, parados en el metro cuadrado donde habíamos elegido estar, aferrados muy fuerte al caño congelado de la baranda, como si este fuera, tal vez, nuestra salvación.

El silencio reinaba afuera. Solo interrumpían nuestra paz las olas, que no cesaban de castigar a la embarcación, conservando el ritmo, con un sonido parecido a un golpe de cadenas. Nuestras miradas se asemejaban a la de los orientales, pues el viento y el frío no nos dejaban ver con claridad el paisaje, teñido de gris y blanco roto. Lo único que podía llegar a desconcentrarnos era la risa de algún niño pillo, quien a ignorancia de sus padres lograba escaparse del refugio calefaccionado, para correr hasta el balaustre de metal y, una vez allí, trepar lo más alto posible para sentirse el rey del mundo, como Di Caprio.

Se podía respirar; sin embargo, olía raro, como a ningún lugar conocido anteriormente. Eso era. Estábamos en el medio de la nada.

Unos turistas, tal vez acostumbrados al frío, decidieron quitarse sus guantes y tocar el pasamanos helado para poder sentarse sobre él —tozudez juvenil—, y tomarse una foto graciosa. Si hubiera sido mi hijo, lo hubiera bajado de ahí, inmediatamente: mocosos maleducados.

El resto de los testigos los miró con curiosidad y todo iba bien hasta que lo peor ocurrió: el barco hizo un golpe y contragolpe más rápido de lo que, hasta ese momento, nos tenía habituados en la primera hora de viaje. El pasajero perdió el equilibrio y quedó colgado con una única mano de la baranda.

Mi corazón latió fuertemente al ver lo que estaba pasando. Seguramente lo perderíamos en el medio del mar si no lo lográbamos rescatarlo. Todos acudimos de inmediato en su auxilio. Los marineros, al ver el tumulto, también.

- ¡Cógete bien de la barandilla! —le gritaba su amigo.
- ¡Debemos atarle una soga! —vociferaba otro.
- ¡Busquen una linterna! —grité fuera de mí.

—¡Señores, haced lugar! —ordenó un mandamás.

Así, entre unos y otros, logramos rescatar al muchacho, que no paraba de sollozar y abrazarse a su amigo, una vez que sus pies pisaron tierra.

Me imaginé en ese instante qué hubiera sido de mí si hubiera sido yo quien hubiera estado en la baranda colgando. Morir ahogada y congelada. ¡Qué horror! Yo no tuve estómago para quedarme más tiempo en la borda, y así, seguí al infeliz (ahora feliz) y a su amigo hasta el bar, y me acomodé en la banqueta de al lado.

—¡Tienes suerte! —le dijo el capitán, concurriendo al lugar donde estaba sentado.

—Lo siento —contestó el chaval compungido.

—Ya lo creo que sí —afirmó el oficial de mayor rango—. Donde te has sentado, no es una baranda, es la puerta que se abre para que los pasajeros suban. Siempre está asegurada, sin embargo, nunca se sabe...

No quise escuchar más. Mi empatía se había transformado en rabia: le hubiera asestado una cachetada al grandulón por desobediente, por habernos hecho pasar un mal rato a todos. Volví al pasillo congelado y a su pasamanos, observando con detenimiento que fuera exactamente eso: una baranda de metal frígida.

## *QUINTO CUENTO*

*AL FINAL, TODOS SABIAN...*

“Al final, todos conocían la historia completa”, se dijo Martha horrorizada, tras escuchar detrás de la puerta del salón lo que su familia hablaba en voz baja para no despertarla.

Los esfuerzos de sus hermanos y sus padres no habían surtido efecto. Primero, porque Martha necesitaba hacer pis; llevaba un día entero yaciendo en su cama convaleciente por la fiebre, mas de buenas a primeras la fiebre se había ido. De la calentura solo quedaban rastros de sudor en todo su cuerpo. Segundo, porque estaba muerta de sed, necesitaba beber agua porque tenía la boca más seca que lengua de bacalao salado.

Así las cosas, Martha se preguntaba cómo seguir escuchando sin que nadie notara su presencia.

Las preguntas bombardeaban su cabeza a toda velocidad y la golpeaban más fuerte que la noche anterior producto de la fiebre.

Miró el vaso vacío en su mano y de inmediato lo apoyó en la pared para escuchar mejor.

Mientras tanto, su familia continuaba deliberando en el salón.

—Tal vez deberíamos hablar con el rector —dijo su hermano Héctor.

—No, lo mejor es que vayamos a la junta escolar —dijo su madre.

—¿Y si le preguntamos a Martha, sin rodeos, qué quiere hacer? —preguntó su hermana menor, Lilia.

—De eso, ¡ni hablar! —dijo su padre.

Martha se llevó la mano a la boca al escuchar que su familia nombraba al decano de su colegio. Recordaba todavía sus besos.

No era un rector cualquiera, era el más apuesto de todos los directores de colegio que había conocido en su vida. La palabra rector suena en la mente de cualquier muchacha como algo viejo, asqueroso, solo tolerable de marzo a diciembre. Sin embargo, para Martha, el director de su colegio era el hombre más bello del mundo. Era alto, de ojos grandes color topacio, con el cabello, rubio y tirante, engominado hacia atrás.

Lo conocía desde que había comenzado el jardín de infantes y el padre del ahora decano desempeñaba el mismo cargo. Además, era dueño del colegio.

Más tarde, durante los dos primeros años de su primario, lo vería a escondidas cuando junto a sus amigas se escapaban de clase y pasaban al sector del secundario para espiar a los varones.

Luego, de tercero a séptimo grado, solo lo vería cuando el rector se dignaba visitar a su padre, el otrora superior. Resulta que estaba muy ocupado estudiando en una universidad de elite, se llamaba Oxford.

Hasta que lo peor para el colegio, pero lo mejor para ella, sucedió mientras Martha cursaba su tercer año de secundaria. El regente tuvo un accidente de coche y falleció. Decían que de forma instantánea. Y en ese momento, su hijo tuvo que volver de Oxford donde enseñaba.

Su padre levantó la voz e hizo que Martha volviera en sí, desde la luna de Valencia donde se encontraba.

—¡Con Martha no se habla nada! ¡Faltaba más! ¡Si soy yo el que se mata como un burro para pagar ese colegio de niños fruncidos y pijos!

—Bueno, bueno, papá, ¡cálmate! —interrumpieron sus hijos—. Que Martha tiene el mejor promedio de toda la escuela.

—¡No puedes culpar a la niña si se pasa día y noche en ese colegio! —trató de defenderla su madre.

—¡Exacto! —acotó su padre una vez más, exaltado—. ¡No tengo a quien echarle la culpa, sino a ese corbatín inglés! ¡Él la habrá manipulado! ¡Qué conoce si no Martha de la vida!

Al escuchar la última sentencia, Martha se apoyó en la pared para sostener el peso de su cuerpo porque sus piernas le temblaban. Sin éxito, su espalda resbaló por la pared y terminó sentada en el piso.

“Entonces, al final, todos en mi familia sabían”, volvió a decirse incrédula, porque Martha no había compartido ese secreto con nadie. Ni siquiera con su mejor amiga.

Se preguntó cómo podían saber de su plan. Si desde el primer momento en que el nuevo decano tomó posesión de su cargo, Martha decidió ser la mejor alumna del colegio para llamar su atención.

“Todo había salido a la perfección... hasta ahora”, volvió decirse mientras recordaba su plan.

El cuarto año de secundario, Martha ya entraba y salía de la oficina del mandamás del colegio, moviéndose como Pancho por su casa. Era excelente en castellano, pero también en inglés y en francés. Y era por el inglés que había descubierto el lado flaco de su presa, el rector. Para todos sus compañeros, estudiar idiomas era una carga muy difícil de llevar. Pero no para Martha y menos si eso significaba pasar más tiempo con él.

El quinto y último año de secundaria sería el momento en que acorralaría a



su presa. Debería lograr que él se rindiera a sus pies. Para eso necesitaría saber de su vida privada con más profundidad. Así que Martha pensó que lo mejor sería elegir al superior como su mentor. ¿Quién mejor que él para ayudarla a delinear su futuro?

Entonces fue cuando él se abrió con ella como con nadie.

—La vida de un docente es ingrata y solitaria —solía decirle a veces, cuando quedaban a solas, en su oficina.

Y llegó el día en que su presa se encontraba con la guardia baja y Martha aprovechó el momento oportuno.

—Martha, ¿ya sabes a qué universidad querrías ir? Con tus calificaciones y una excelente carta de recomendación podrías ir a donde te plazca —acotó sonriendo.

—Pues no sé, la verdad, estoy llena de miedos y de dudas —contestó escueta mirando al piso.

El rector se levantó en un acto reflejo para tomar la mano de su discípula.

—¿A qué le temes, Martha?

Martha levantó su mirada. Sus rostros estaban más cerca que nunca.

—A no poder vivir sin usted...

—Yo...

El decano no pudo emitir otra palabra. La boca y la lengua fogosa de Martha se lo impedían.

Martha esperaba estar a la altura de las circunstancias. Para eso se había gastado casi una fortuna en libros sobre el arte de besar, que dejaba escondidos en el sótano de su casa. Un lugar que se visitaba una sola vez por año para sacar el árbol y los adornos de Navidad.

El director respondió a sus besos, pero luego se arrepintió.

—Será mejor que te vayas a tu casa. Esto no puede volver a ocurrir.

—Esto es lo que siempre quise que ocurriera...

—Estás confundida... ya verás cuando ingreses a la universidad y conozcas nuevos compañeros.

—No quiero irme a ningún lado... no quiero separarme de usted.

El rector sonrió con tristeza.

—Debo de estar terriblemente solo para no haber intuido algo así.

—Ya no estará solo jamás.

El superior no pronunció palabra. Solo abrió de par en par la puerta de su oficina y abandonó el lugar.

Sin saber qué hacer, Martha volvió a su casa como siempre. Un par de meses más y su secundario se terminaría. No podía darse el lujo de perderlo. Pero sus nervios le jugaron una mala pasada y su cuerpo se había defendido con fiebre.

—¡Martha! —gritó su madre al verla en el piso.

—Estoy bien, mamá, ya no tengo fiebre —contestó mientras trataba de librarse de sus tentáculos.

—¿Qué tienes entonces, hija?

—Tengo sed y ganas de ir al baño.

—Bueno, pues déjame traerte un vaso de agua a la habitación.

—De ninguna manera, iré al salón en un momento.

Mientras yacía sentada en el trono, Martha pensaba qué excusas le daría a su padre para justificar su relación con el rector. Pensó en varias hasta que las descartó a todas.

—No tengo que justificarme —dijo en voz alta—. En unos meses cumpliré 18 años. Podré hacer lo que quiera.

Con la frente bien en alto, salió a enfrentar lo que se viniera. En el salón estaban sentados en el sofá sus dos hermanos, que la miraban con curiosidad, y su madre con un vaso de agua en la mano.

En cambio, su padre miraba por la ventana de pie.

—¡Te lo tenías bien calladito... tú y ese rector! —dijo su hermano con sorna rompiendo el silencio.

—¡Cállate, idiota! —interrumpió su hermana golpeando la cabeza de su hermano.

Martha tragó saliva cual reo esperando sentencia.

—Jamás pensé que tuvieras secretos para tu familia —comenzó a hablar su padre sin dejar de mirar por la ventana.

—Querido, por favor, ven a sentarte y deja el melodrama para la telenovela de la tarde.

—¿Podrías explicarte, hija? —preguntó mientras sacaba de su bolsillo una carta.

Martha la abrió y se tomó el tiempo de leerla completa.

*Oxford, 15.09.1952*

*Estimada Señorita XXX:*

*La Universidad de Oxford es la universidad de*

*habla inglesa más antigua y más longeva. Se encuentra entre las más reputadas del mundo.*

*Es por eso que nuestra prestigiosa institución ha educado a reyes, primeros ministros, premios Nobel y numerosos deportistas. Además, posee un departamento de becas, llamado Rhodes, el cual, haciendo uso de sus facultades, otorga cada año diez becas. Dos de ellas son otorgadas a estudiantes residentes en el extranjero que muestren cualidades de excelencia en el ámbito educativo y fuera de él.*

*Su currículo es excelente y su procedencia aportaría diversidad a nuestra universidad. Asimismo, hemos recibido la carta de recomendación del director de la escuela a la que concurre, alumno y antiguo profesor de nuestra universidad.*

*Por todo ello, tenemos el agrado de comunicarle que ha sido preseleccionada para nuestro programa de becas.*

*La invitamos a ponerse en contacto con nosotros a la mayor brevedad.*

*Un cordial saludo,*

*Universidad de Oxford  
Dominus Illuminatio Mea*

## *SEXTO CUENTO*

# *LA MUJER PERFECTA*

Nunca quiso ser perfecta, pero lo era. O al menos, eso era lo que dejaba entrever a todos aquellos que tratamos de entrar en su mundo interior.

Siempre se la encontraba perfectamente vestida, donde fuera: supermercado, gimnasio, trabajando..., aunque nunca repetía atuendo y, como si esto fuera poco, dejaba, al abandonar cada lugar, un halo del último perfume de moda (al menos eso era lo que sus detractoras comentaban).

Pacientemente, los hombres se turnaban para no perderse el aroma de sus cabellos recién peinados (por manos de una experta y cara peluquera); sin embargo, las niñas y adolescentes corrían todas juntas a su encuentro, cual tropa de potrillas, al divisarla en cualquier reunión.

Pienso que los niños no pueden simular cariño; con ella, la diversión era siempre segura.

Y ni hablar de hacerle algún tipo de regalo o atención. Ella siempre ponía la misma mueca, y luego decía con voz tímida:

—No debiste haberte molestado.

Pues sí; era ella quien siempre llegaba a cualquier ágape golpeando la puerta literalmente con sus pies; se nos hacía muy raro verla con una mano libre de regalos para poder tocar el timbre.

Sus pares siempre se preguntaban de dónde sacaba el dinero para estar a la última moda.

“Si trabaja medio jornal, es casi imposible costearse esos lujos...”, decían algunas vecinas en sus reuniones de costuras. “Tal vez sus padres le han dejado herencia”, decían otras.

Ahora, eso sí, nadie tenía bien en claro de dónde venía y menos hacia dónde iba. Nadie recordaba exactamente quién la había traído al club de polo por primera vez; es más, las mujeres discutían entre sí quién había sido la primera en conocerla y recomendarla para que aceptaran su membresía. Yo, en cambio, sí que me acuerdo..., pero no seré yo quien se atreva a corregir a las damas del club.

Hasta que un día la envidia y la curiosidad por conocer sus más íntimos secretos pudo más que la cordura: lo que ella hacía durante el día, de repente, fue un secreto a voces.

Las mujeres suelen ser misericordiosas con sus pares menos aventajadas de alguna región remota, pobre y tercermundista; pero impías hacia su prójimo,

en especial hacia quienes generen algún tipo de inseguridad o tal vez competencia, y revelen con su mera presencia, sin proponérselo, la miseria de su propio corazón. Estas mujeres, cuyas hijas corrían a buscarla para hablar en cuanto fiesta estuviera presente, fueron las primeras en contarlo a los cuatro vientos.

Los hombres, empero, se tomaron las cosas con más calma. Tal vez, debido a su propia cosmovisión evitaban los chismes de esa naturaleza por la misma razón por la que las mujeres trataban de aumentar el escándalo. Alguien se tomó la molestia de avisarle de que no concurriera más al club, que ya su secreto se conocía. Me arrepiento de haber sido tan cobarde y no haber sido yo mismo quien la pusiera al tanto de la situación.

Lo que tuvo a bien hacer el samaritano ese día fue entregar la información justa y necesaria que ella precisaba conocer. No mencionó ningún detalle de la sorpresa con la que esperaban recibirla sus pares en el club.

Los chismes cuentan que más de un señor durmió en la habitación de huéspedes esa noche, acusado de haberse encontrado con ella para ponerla sobreaviso y así evitar su humillación.

A veces alguien menciona su nombre, casi como al pasar, mientras le sirvo un trago. Yo finjo desinterés y cambio el tema inmediatamente; de mi discreción depende que siga trabajando dentro del club y fuera de él para el mismo grupo. Que nadie sospeche que, para mí, ella era la mujer perfecta.

## *SOBRE MÍ:*

“Karina Graciela Salazar nació en el barrio porteño de San Telmo, Buenos Aires, Argentina donde vivió hasta cuando emigró en 1999 a Lucerna, Suiza. Actualmente reside en la provincia de Zurich.



Karina es soprano lírica y además posee un Master in Science in Global Marketing expedido por la Universidad de Liverpool. Su pasión por el vino hizo que también se graduara en cursos WSET. Todos sus estudios le han



permitido ofrecer sus servicios organizando eventos donde todos los sentidos (música, lectura y ágape) se funden en un mismo espacio.

Su amor por la lectura y más específicamente por la escritura vienen de larga data, desde cuando en 3er grado de primaria ganara un concurso de cuento intercolegial y el premio fuera un libro de Marco Denevi “Robotobor”. Desde allí supo que algún día cumpliría uno de sus tantos sueños: Escribir libros.”

## *Otros libros publicados*

### *Novelas históricas*

La Guardia Suiza Pontificia: Una novela histórica para soñar que eres parte de esta fuerza de élite.

Tomo I - La historia comienza <http://leer.la/B0787331WG>

Tomo II - La aventura continúa <http://leer.la/B07DVFTLCG>

### *Novela romántica contemporánea*

De Mendoza con amor: Una voz sublime. Un viñedo. Una mujer de armas tomar. Tres hombres que pelean por su amor.

<http://leer.la/B07G224DPX>

## *Novela chick-lit*

Bella sí...durmiente no: Una novela que cuenta con humor las peripecias de una mujer cerca de sus 40, en su lucha por romper la brecha de género, encontrar el amor y conciliar el sueño.

<http://leer.la/B07Q7GMWX4>